

tenido una guerra implacable contra sus vasallos y burgueses, fué muerto por un caballero á quien había excomulgado.

Las tendencias hostiles á la Iglesia comenzaban á manifestarse en la literatura. El principio de la *Chanson des Lorrains* demuestra que el feudalismo no perdonaba á los prelados ni sus riquezas, ni la dificultad con que se tropezaba al quererles hacer participar de las cargas públicas. La sátira del clero parroquial, que llena aquellos cantos, no nace solamente de la irreverencia libre; se encuentra allí además un sentimiento de odio y de ferocidad llevado con frecuencia á la exageración. Finalmente, si la censura de la Iglesia por sus propios miembros, canónigos ó monjes, era ya tradición antigua, la aspereza de los ataques dirigidos contra toda la sociedad eclesiástica, y sobre todo contra sus jefes, por el monje Guyot de Provins en su *Biblia*, escrita á comienzos del siglo XIII, se sale de todos los límites conocidos. Ningún herético ha hablado de Roma como habla este benedictino: «Roma nos chupa y nos engulle (nos devora); Roma destruye y mata todo. Roma es la fuente de maldad de donde salen todos los malos vicios. Es un vivero lleno de putrefacción.»

El siglo de Felipe Augusto es todavía una época de fe; pero el espíritu de oposición á la Iglesia ha nacido; se alimenta en los hogares de la herejía y del libre examen; se nutre de los odios de la burguesía militante y de los odios y avaricias de la nobleza; inspira en algunas ocasiones, ya lo hemos dicho, la política de un rey absoluto.

CAPÍTULO II

LA IGLESIA SECULAR

I. El episcopado. Las catedrales. — II. El clero utilitario y el clero humanista. — III. La escuela de París. Profesores y estudiantes. — IV. El Papado y el movimiento universitario. Los comienzos de la Universidad de París.

I.—El episcopado. Las catedrales (1)

Si hubiéramos de fiarnos de los predicadores y polemistas de aquel tiempo, el episcopado francés atravesaba una profunda decadencia. «Los obispos, dice Geoffroi de Troyes, son lobos y zorros hechos señores. Halagan y seducen para hacer extorsión. La avaricia les devora, y les enciende el deseo de poseer. En lugar de ser los amigos y protectores de las iglesias, son sus despojadores. Las despojan, venden los sacramentos y violan la justicia. Su única regla es su propia voluntad. Vedles caminar: tienen erguida la cabeza, el continente cruel, los ojos feroces, la palabra dura. Todo respira orgullo en sus personas. Su conducta es la ruina de las buenas costumbres; su vida es la misma iniquidad. Quieren ser un

(1) OBRAS DE CONSULTA.—P. Fournier, *Les Officialités au Moyen âge, étude sur l'organisation, la compétence et la procédure des tribunaux ecclésiastiques ordinaires en France de 1180 à 1328*, 1880. Victor Mortet, *Maurice de Sully*, 1890. Anthyme Saint-Paul, *Histoire monumentale de la France*, tercera edición, 1888. Male, *L'art religieux au XIII^e siècle*, 1898. Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst*, 1895-1897. G. Dehio y G. von Bezold, *Die kirchliche Baukunst des Abendlandes*, 1884. Gonsse, *L'art gothique*, 1890. Berthelé, *L'architecture Plantagenet*, en las *Recherches pour servir à l'histoire des arts en Poitou*, 1889.

objeto de terror para sus ovejas, y olvidan que son médicos y no soberanos.» Adán de Perseigne compara la vida de los clérigos con la de Cristo. «Él sufrió y ellos viven en las delicias; Él llevó un cilicio y ellos llevan vestimentas de seda. Con el patrimonio del Crucificado entretienen su lujo y su orgullo. Se preocupan, no de sus almas, sino de sus pájaros de caza. Cuidan, no á los pobres, sino á sus perros. Juegan á los dados en lugar de administrar los sacramentos. Hacen de los lugares santos un campo de mercado, una guarida de bandidos.»

Pedro de Blois se irrita sobre todo contra los jueces y administradores de los obispos, los *oficiales*, que reemplazaban al prelado en su tribunal y le descargaban en parte del cuidado de los negocios. Instituídos recientemente esos agentes, revocables á voluntad, representaban en la diócesis la unidad de dirección y de autoridad, singularmente comprometida por los caprichos de los archidiaconos; pero igualmente abusaron de su poder. «Tienen un solo pensamiento: oprimir, tundir, degollar á los diocesanos. Son las sanguijuelas del obispo ó las esponjas que oprime de vez en cuando. Todo el dinero que arrancan á los pobres sirve para los placeres y delicadezas de la vida episcopal. Estos lebreles cazadores de sílabas, hábiles en coger entre sus redes al desdichado pleiteante, interpretan la ley á su manera y tratan la justicia como déspotas. Rompen los contratos, nutren los odios, deshacen los matrimonios, protegen el adulterio, penetran como inquisidores en lo interior de los hogares, difaman á los inocentes y absuelven á los culpables. En una palabra, estos hijos de la avaricia todo lo hacen por el dinero. Se venden por sí mismos al diablo.»

Los documentos oficiales testifican que muchos obispos arrastraban una vida poco ejemplar. Los decretos de los dos concilios habidos en París el uno (1212), y el otro en Montpellier en 1214, contienen idénticas prescripciones é idénticas prohibiciones, informándonos de esta manera, indirectamente, acerca de la vida episcopal. Se ordena á los obispos llevar el hábito y la tonsura de su orden. Se les prohíbe usar arreos de lujo, sillitas pintadas y frenos dorados, jugar á juegos de azar, ir á caza, jurar ó permitir que se jure cerca de ellos, introducir hasta su mesa histriones y músicos, oír mañanitas en la cama, hablar de frivolidades durante el oficio y excomulgar sin razón fundada. No deben abandonar su residencia y deben convocar su sínodo una vez al año por lo menos, no llevando en sus visitas diocesanas un numeroso séquito, carga demasiado pesada para los que habían de recibirlos. Se les prohíbe recibir dinero para conferir las órdenes, para tolerar el concubinato de los sacerdotes, para dispensar de las amonestaciones de matrimonios, para no excomulgar á los culpables. Se les prohíbe, finalmente, dejar celebrar matrimonios ilícitos y anular testamentos legítimos; tolerar que se dance en sitios sagrados, que se celebre en la catedral la fiesta de los locos, que se proceda en su presencia al duelo judicial y al juicio de Dios.

No es conveniente creer en absoluto, bajo su palabra, á los predicadores, más inclinados á ver el mal que el bien, ni deducir de las prescripciones conciliarias que fueran deplorables, en general, las costumbres de la Iglesia. Es, sin embargo, muy cierto que, á pesar de las

grandes reformas de la Edad anterior, el episcopado continuaba siendo feudal en parte. Muchos prelados pertenecían á la clase noble todavía y vivían como castellanos.

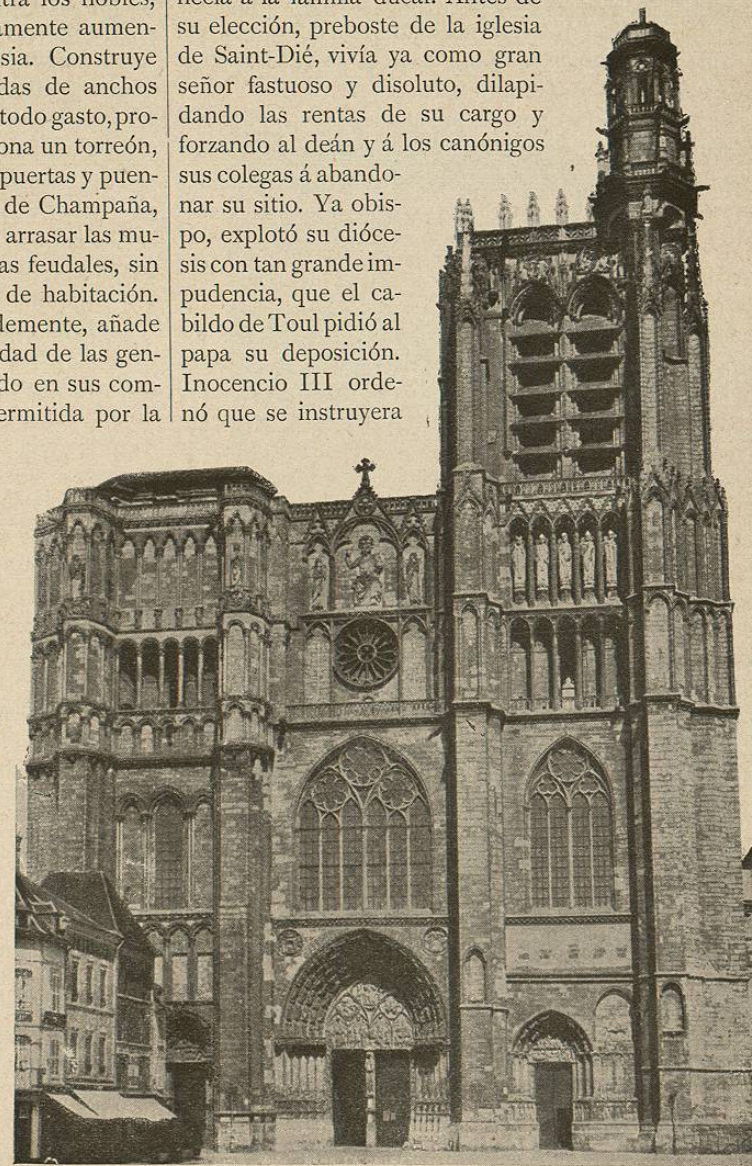
El obispo de Auxerre, Hugo de Noyers, es el prototipo del obispo guerrero que lucha contra los nobles, hace frente al mismo rey y procura duramente aumentar el territorio y las rentas de su iglesia. Construye viviendas, verdaderas fortalezas, «rodeadas de anchos fosos, hasta donde es conducida el agua á todo gasto, protegidas de enormes empalizadas que corona un torreón, y guarnecidas de muros con torrecillas, puertas y puentes levadizos.» Un día, Thibaut, conde de Champaña, en uso de su derecho de soberano, hizo arrasar las murallas y las torres de una de esas guaridas feudales, sin dejar otra cosa en pie que los lugares de habitación. «El obispo de Auxerre derrochaba grandemente, añade el cronista del obispado; amaba la sociedad de las gentes de armas y de los caballeros, tomando en sus combates y ejercicios mayor parte de la permitida por la gravedad del sacerdocio. Era muy letrado, gran lector de libros, y descansaba de sus trabajos en el estudio de ellos cuando le sobraba tiempo. Muy activo cuando se trataba de sus intereses, se mezclaba poco en los ajenos, y fué duro para con sus súbditos, á quienes colmó de exacciones intolerables.»

En Narbona el arzobispo Berenguer II (1192-1211) es de aquellos que, según expresión de Inocencio III, «no conocen otro Dios que el dinero y tienen una bolsa en el lugar del corazón.» Pone precio á todo, aun á las consagraciones episcopales. Cuando queda vacante una iglesia, se abstiene de señalarle un titular, con el fin de disfrutar de sus rentas. Reduce á la mitad el número de los canónigos de Narbona para apropiarse las prebendas, y llega á retener en su mano los archidiaconatos vacantes. En su diócesis «se ve, escribe el papa en 1204, á los monjes y á los canónigos colgar los hábitos, tomar mujer, vivir de la usura y hacerse abogados, charlatanes ó médicos.» Seis años después Berenguer no se había corregido: Inocencio III continuaba rogando á sus legados que utilizaran la censura eclesiástica contra él y contra su colega, el arzobispo de Auch, que, al parecer, se le asemejaba.

Helio I, arzobispo de Burdeos (1187-1206), hermano de un jefe de banda gascona, gran valido de Enrique II y de Ricardo, vivía rodeado de soldados é imponía á su diócesis sacrificios pecuniarios. Ya hemos dicho más arriba que el papa le acusaba de repartirse los beneficios con sus bandas. Un día se instaló Helio en la abadía de Saint-Irieix con sus aventureros, sus caballos, sus perros de caza y sus cortesanas, llevando una vida tal, á expensas de los habitantes y de los monjes, que, después de su partida, los unos y los otros, despojados de todo, estuvieron á punto de morir de hambre. En

carta de 1205 Inocencio III le compara á un árbol corrompido y estéril que se complace en su podredumbre como la mula en su estercolero.

El más extraordinario obispo de estos tiempos fué Mateo de Lorena, obispo de Toul (1198-1210). Pertenecía á la familia ducal. Antes de su elección, preboste de la iglesia de Saint-Dié, vivía ya como gran señor fastuoso y disoluto, dilapidando las rentas de su cargo y forzando al deán y á los canónigos sus colegas á abandonar su sitio. Ya obispo, explotó su diócesis con tan grande impudencia, que el cabildo de Toul pidió al papa su deposición. Inocencio III ordenó que se instruyera



Fachada de la catedral de Sens

un proceso; pero la víspera del día en que Mateo debía comparecer, el deán de Toul fué prendido por sus soldados, colocado sobre un asno, con los pies atados bajo el vientre del animal, y conducido al obispo, que le hizo encerrar y encadenar en una cárcel. Un legado del papa excomulgó á Mateo, pero fueron precisos ocho años (1202-1210) para que la sentencia de deposición se hiciera definitiva y pudieran los fieles de Toul escoger otro obispo. Durante el proceso interminable, había construído Mateo sobre las alturas que dominan Saint-Dié un castillo desde el cual saqueaba todo el país. El duque de Lorena, su pariente, se vió en la precisión de ir á demolerlo por sí mismo. Expulsado finalmente de su dominio, retiróse Mateo á una pequeña ermita, en plena selva, donde vivió de la caza y

el pillaje, en espera de una ocasión en que tomar venganza sobre su sucesor. Se realizó en 1217. El obispo nuevo, Renato, fué muerto á puñaladas en los desfileros de Etival, y Mateo huyó á la montaña llevándose consigo los bagajes episcopales, las casullas, los vasos y el santo crisma. Fué necesario que Thibaut I, duque de Lorena, matara por su propia mano, en un rincón del bosque, á este obispo ladrón y asesino, desembarazando á la Iglesia de su azote (16 de mayo de 1217).

Al lado de esos tipos de prelado, sobrevivientes del feudalismo primitivo y salvaje, se encuentran otros, como Esteban de Tournai, Guillermo de Champaña y Pedro de Corbeil, que son teólogos, humanistas, políticos, literatos ó curiales. En el mismo París hubo en tiempos de Luis VII y de Felipe Augusto un obispo modelo, Mauricio de Sulli.

Hijo de campesinos, fué enviado á la universidad de París, donde hizo vida de estudiante pobre. Se dice que tuvo que mendigarse el sustento y servir de criado á estudiantes ricos. Maestro en Teología, se hizo canónigo y luego archidiácono de Notre Dame. Su reputación de profesor y, sobre todo, de predicador le señalaba para las más elevadas situaciones. Elegido obispo de París en 1160, no trató de desempeñar un papel político, aun cuando gozó de la confianza de los reyes y los papas; fué excelente en la dirección moral y administrativa de su diócesis, que gobernó durante treinta y seis años. Se le consideró casi como un santo. Un monje de la abadía de Anchin, que le vió en 1182, habla de él con entusiasmo. «Mauricio, obispo de París, vaso de abundancia, fértil olivo en la casa del Señor, floreció sobre todos los otros obispos de la Galia. Sin hablar de las cualidades íntimas que sólo Dios conoce, brilla en lo exterior por su saber, su predicación, sus espléndidas limosnas y sus buenas obras. Reconstruyó la iglesia de la Santísima Virgen en su residencia episcopal, y para obra tan bella y suntuosa no se sirvió tanto de los recursos de los demás como de sus propias rentas. Su presencia era frecuente, ó más bien constante, en la catedral. Yo le he visto en fiesta que no era una solemnidad, á la hora en que se cantaban las vísperas; no resplandecía sobre su sede episcopal; se había sentado en el coro y entonaba los salmos, como los demás, rodeado de un centenar de clérigos.»

El nuevo trazo que distingue á los obispos de esta época es el haber sido todos grandes constructores. «En este tiempo, dice la crónica de los obispos de Auxerre, las poblaciones se entusiasmaban por la construcción de iglesias nuevas.» Pero la iniciativa partía de los prelados. Cada uno de ellos quiere tener una iglesia construída según el nuevo estilo, y los viejos santuarios romanos son derrocados en multitud de sitios. La construcción de una catedral es la obra por excelencia (*opus*) de todo episcopado. Con los «maestros de obra,» arquitectos y contratistas, y las «gentes de obra,» obreros, el obispo, secundado por su capítulo y por generosos particulares, eleva el monumento que ha de ser su mejor título al recuerdo y reconocimiento del pueblo. El tiempo de Luis VII y de Felipe Augusto es verdaderamente «la era de las catedrales.» Entonces se verifica la expansión maravillosa de ese arte ojival cuyos orígenes y primeros ensayos hemos señalado de antemano (1).

(1) *Historia de Francia*, tomo I, página 614.

Sería equivocado afirmar con Viollet-le-Duc que nuestras catedrales han sido creación de un arte laico nacido del movimiento comunal y de las libertades populares. Es indudable que el pueblo toma una parte cada vez más grande y directa en la construcción de la casa de Dios. El edificio, en lugar de ser, como antes, obra exclusivamente de arquitectos clérigos ó monjes, está ahora construído, en gran parte, por corporaciones de maestros albañiles á quienes, como á tantas otras, han libertado los progresos de la burguesía. Pero estos laicos trabajaban según dirección y por cuenta del obispo. Él, con su cuerpo de canónigos, es el inspirador, ordenador soberano y sufragador principal de la empresa. En las mismas ciudades con municipio, donde el pueblo turbulento se manifestaba hostil á los eclesiásticos, levantan los obispos sus más suntuosas catedrales.

La influencia personal de Luis VII, príncipe devoto, rodeado siempre de obispos, contribuyó sin duda á esa gran manifestación de arte y de piedad. Mantiene continuas relaciones con los prelados constructores. Entre 1150 y 1180, en las villas de los dominios reales y de las tierras de iglesia en él comprendidas, se levantan magníficas iglesias de estilo ojival. Las obras importantes de la catedral de Noyón, reconstruída por el obispo Balduino de Flandes según los nuevos procedimientos, se ven coronadas en 1267. El obispo Nivelón de Chérisi comienza la catedral de Soissons en los últimos años del reinado de Luis VII. En Sens, el arzobispo Hugo de Touci hace construir la nave de San Esteban, acabada en 1168. En este caso particular (cosa rara) conocemos el nombre del arquitecto, Guillermo de Sens, un maestro á quien llamaron en 1175 los ingleses para construir la catedral de Cantorbery. En Arras y Cambrai se levantaron igualmente nuevas catedrales, que ya no existen. El obispo de Laón, Gautier de Mortagne, sobre las ruinas de la basílica románica, construída ya ó restaurada en 1214, después del incendio terrible del municipio laonés, edifica de 1155 á 1174 el coro y la galería transversal de su vasta iglesia gótica. Todavía se mantiene en pie con sus cuatro torres y sus enormes animales simbólicos suspendidos sobre la ciudad. Igualmente es esta la época de Saint-Frambourg de Senlis, del nuevo campanario de Chartres, de Nuestra Señora de Etampes, de Saint-Quiriace de Provins, y en París, del coro de Saint-Germain-des-Prés y de la deliciosa iglesia de Saint-Julien-le-Pauvre, donde por tanto tiempo celebró sus juntas la Universidad de París. Finalmente, el coro de Notre-Dame estaba ya terminado, á excepción del cimborrio, en el momento en que fué proclamado rey Felipe Augusto.

Mientras sembraban los obispos de Luis VII por la Francia real las joyas del arte nuevo, la dinastía de los Plantagenet favorecía en el Oeste un movimiento análogo, aunque menos importante. En Anjou, Turena, Maine y una parte de Poitou, se levantan igualmente grandes iglesias, concebidas en general según un patrón medio, cuyas bóvedas redondeadas en forma de media naranja ó cúpula, como en Saint-Front de Perigueux, aparecen ramificadas de nervaduras ojivales. Permanecen todavía muestras imponentes de esta arquitectura «angevina:» la nave de la catedral de Mans; la iglesia de Saumur; la catedral de San Mauricio en Angers, comenzada entre 1150 y 1160 por los arquitectos Normand de Doué

y Mateo de Loudún; y finalmente, San Pedro de Poitiers, original monumento, con sus tres naves de igual anchura y sus columnas en tresbolillo que le dan una apariencia de mezquita. La primera piedra fué colocada en 1162 por Alienor de Aquitania; la reina de Inglaterra aceptó su parte en los gastos de la construcción, y á su muerte, en 1204, ya no quedaba por construir en la iglesia más que la fachada. Enrique II ayudó con su dinero á los trabajadores de la piedra tanto como á los historiadores y poetas. Esta protección para con las obras del espíritu señala un progreso de la clase feudal, que otros indicios nos acabarán de confirmar.

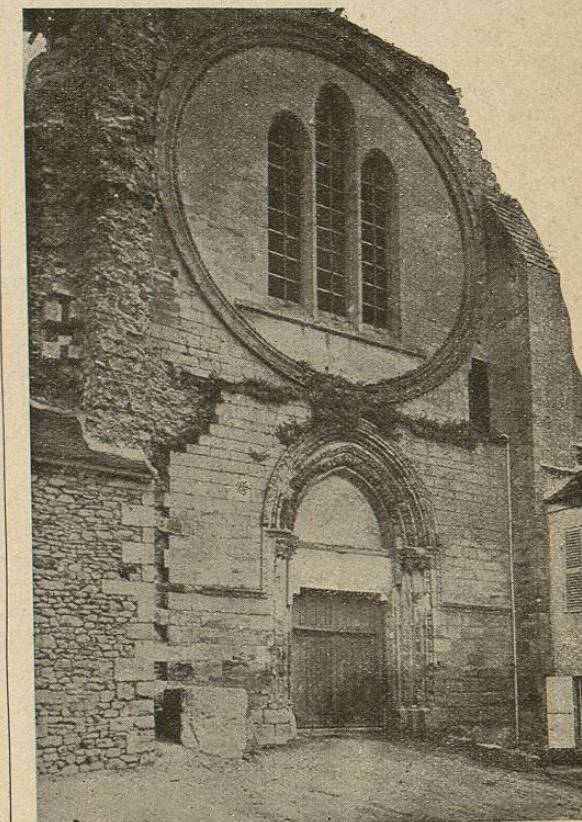
La mejor época de la arquitectura gótica es el reinado de Felipe Augusto. Entonces se manifiesta bajo su aspecto más puro y elegante, si no más rico. La armonía de las proporciones, la ordenación hermosa de los conjuntos, la clásica sobriedad ornamental caracterizan el arte de este período, dándole un especial encanto.

Al Norte, en la región capeta, cuna de la nueva arquitectura, los canteros están en plena actividad. El obispo de Amiéns, Everardo de Fouillois, comienza á construir la más completa de todas nuestras catedrales, según planos de Roberto de Luzarches (1220). Guillermo de Seignelai coloca en Auxerre (1215), la primera piedra del coro de su iglesia. «No quería, dice la crónica, que pareciera inferior por la belleza del conjunto ó de los detalles á las de los otros obispos.» En Chalóns-sur-Marne se consagran en 1183 la nave y la galería transversal de la iglesia de Nuestra Señora. En Evreux, el obispo Roberto de Roye emprende en 1202 la elevación de su gran nave y la construcción del triforio. En Ruán se trabaja desde 1207 en Nuestra Señora. En Meaux las liberalidades de la condesa María de Champaña permiten á los obispos continuar la obra comenzada bajo Luis VII. La catedral de Noyón llega á su término; la de Laón se continúa: su fachada es contemporánea de la batalla de Bouvines, pero el coro no se terminará hasta 1225. En Soissons el coro se concluye y tiene grabada la fecha sobre una piedra del muro: «el 13 de Mayo de 1212 la comunidad de los canónigos comenzó á entrar aquí.» En Troyes, el obispo Hervé termina antes de morir (1223) el santuario de San Pedro y las capillas que lo circundan. Finalmente, Nuestra Señora de Reims, la gran maravilla, comienza á levantarse. El arzobispo Aubri de Humbert coloca su primera piedra en 1211; pero las obras irán con lentitud y no se construirá el coro hasta 1241. Desde hace poco se conoce el nombre del arquitecto: Juan de Orbais, á quien decididamente corresponde el honor de haber precedido al célebre Roberto de Couci.

En el valle del Loira y sus confines las construcciones son menos numerosas, pero algunas también son de las más bellas. En Chartres la iglesia románica había sido incendiada en 1194. El obispo Renato de Mauçón comienza rápidamente á construir la inmensa catedral. Hacia 1220 se coloca el grandioso rosetón y las bóvedas tocan en gran parte á su término. El historiador Guillermo *el Bretón* compara la cubierta de la iglesia á una concha de tortuga: «Hela aquí, que se levanta nueva y resplandeciente de escultura: es una obra maestra, sin igual en todo el mundo; puede desafiar los in-

ciendios hasta el día del juicio.» En Mans, en 1217, el obispo hace volver á construir el coro de San Julián. En Poitiers se consagra el gran altar de San Pedro (1199) y se colocan, entre 1204 y 1214, las hermosas vidrieras de la Crucifixión. Finalmente, en Bourges se comienza la catedral de San Esteban (1192).

El movimiento llega á las provincias más lejanas. La iglesia primada de Lyon se construye bajo la dirección del arzobispo Guichard, en 1175, y la catedral de San



Iglesia de Saint-Frambourg en Senlis

Esteban en Tolosa se levanta (1211) en plena guerra de los albigenses. En Bayona, el obispo Guillermo de Donzac coloca la primera piedra (1213) de la catedral de Santa María. En Bretaña logran acabamiento la de Quimper y la de Saint-Pol-de-León. En los Alpes se da principio á la catedral de Embrún: pero á todas estas maravillas sobrepujaba, en opinión del mundo cristiano, la grandiosa iglesia real de París, obra de Mauricio de Sulli.

Notre-Dame formó la ocupación y el pensamiento de toda su vida. Derrochó en construirla la mayor parte de sus recursos privados; la generosidad de algunos grandes personajes y las ofrendas de los fieles le sirvieron únicamente de punto de apoyo. Luis VII otorgó 200 libras. El caballero Guillermo des Barres 50 libras. Un sobrino del papa Alejandro III, dos marcos de plata. Particulares y corporaciones rivalizaban sobre quién haría ofrenda de altares, estadios de coro, ventanales y vidrieras. Los papas estimulaban las liberalidades con indulgencias, y los «óbolos de las mujeres,» como más tarde atestiguó el cardenal Eudo de Chateauroux, hicieron el resto.

Fué primeramente necesario preparar el emplazamiento, demoler la antigua iglesia románica de Nuestra Señora y la pequeña iglesia de San Esteban el Viejo, comprar y derribar multitud de viviendas y abrir la calle Neuve-Notre-Dame, que pasaba por los dos puentes y unía las dos orillas del Sena. Finalmente, comenzó á levantarse el coro: en 1177 se le ponía término; en 1182 un legado del papa consagraba el altar mayor; en 1196, á la muerte de Mauricio, los muros de la nave estaban ya construídos y cubiertos en parte. Se conservaron algunas esculturas de la antigua iglesia, las que todavía hoy forman, debajo de la torre del Sur, el tímpano de la puerta de Santa Ana, donde figura la Virgen rodeada del obispo y del rey.

II.—El clero utilitario y el clero humanista (1)

Los eclesiásticos austeros no aprobaban este desarrollo del lujo en los edificios religiosos. Pedro el Chantre denuncia la contagiosa pasión de construir, esta «fiebre de los obispos», *morbus edificandi*, «este pecado, dice, de levantar iglesias, como ahora se hace. Las catedrales se edifican con auxilio de la usura, de la avaricia y la falacia de la mentira.» Pero otras preocupaciones mejor fundadas inquietaban al espíritu conservador. No sólo cambiaban las iglesias. Nuevas tendencias surgían en las escuelas mismas; es decir, en la fuente de la ciencia eclesiástica y del sacerdocio.

Los discípulos de Abelardo continuaban la obra del maestro. Pedro Lombardo, muerto en 1160, obispo de París, anterior á Mauricio de Sulli, había escrito el *Libro de las sentencias* (1152), donde clara y lógicamente las ciencias religiosas se sintetizan y como organizan. Esta enciclopedia gozó de inmensa boga y fué durante toda la Edad media el manual clásico que dialécticos y teólogos comentaron. Sin ir tan lejos como Abelardo en la crítica y en la exégesis, más prudente y modesto, Pedro Lombardo trabajó tal vez con igual seguridad en la emancipación de la razón humana, aplicando la dialéctica á las cosas sagradas. Por esto se vió atacado durante su vida como después de su muerte. Se le reprochó el haber negado la humanidad de Cristo. Para él no había existido realmente en Cristo la naturaleza humana: vino á constituir solamente como el vestido de la divinidad. Teólogos ortodoxos, Gautier de Saint-Víctor, Roberto de Melún y Mauricio de Sulli, refutaron semejante doctrina con la autorización del papa Alejandro III. Un siglo después de la muerte de Pedro Lombardo, se catalogaban todavía sus proposiciones heréticas.

Después de él la gloria de la escuela fué el «doctor universal», Alain de Lille (1128-1202), dialéctico y ver-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Protois, *Pierre Lombard*, 1881. Kogel, *Petrus Lombardus in seiner Stellung zur Philosophie des Mittelalters*, 1897. Hauréau, *Mémoires sur la vie et quelques œuvres d'Alain de Lille*, en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, tomo XXXVII, primera parte. Baumgartner, *Die Philosophie des Alanus de Insulis*, 1896. L. Bourgain, *La Société d'après les sermons*, en *La Chaire française au XII^e siècle*, 1879. P. Fournier, *Un adversaire inconnu de Saint Bernard et de Pierre Lombard*, en la *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, 1886. Hauréau, *Histoire de la philosophie scolastique*, 1872-1880. Lecoy de la Marche, *La Société d'après les sermons en La Chaire française au XIII^e siècle*

sificador elegante, autor admirado del poema *Anticlaudianus* y del tratado *De planctu nature*. Lo que aterrizó más que nada á los atrevimientos de la filosofía fueron estas leyendas: «La víspera del día en que debía explicar en París el misterio de la Trinidad, paseándose á orillas del agua, vió un niño que, habiendo hecho un hoyo en la arena, lo llenaba con una cuchara del agua que tomaba en el río. «¿Qué haces?, le dice Alain. —¿No lo estáis viendo, señor?, responde el niño. Quiero trasladar á este hoyo toda el agua del río.—¡Pero no acabarás nunca!—Antes acabaré yo con mi empeño que vos con el vuestro.—¿Y cuál es mi empeño?—Explicar mañana el misterio de la Trinidad.» Alain, preocupado, regresó á su casa convencido de que el niño había dicho la verdad.» Y abandonando París y su cátedra, fué á la abadía del Cister y entregóse en ella á la guarda de corderos.

Entre 1192 y 1203, Esteban de Tournai señala al papa «la peste que poco á poco se introducía en el cuerpo escolar» y que amenazaba ser incurable si no se le ponía remedio. Los estudiantes no aplaudían más que á los innovadores; los profesores se hacen el reclamo en detrimento de la santa tradición. La dialéctica se aplica á los mayores misterios de la religión. «Charlatanes de carne y hueso discuten irreverentemente de lo inmaterial, de la esencia de Dios, de la encarnación del Verbo. Se oye en los callejones á discutidores hábiles dividir por tres la Trinidad indivisible. Tantos errores como doctores, tantos escándalos como oyentes, tantos blasfemos como plazas públicas.» Al papa correspondía advertir: «No conviene que se oiga en las esquinas de las calles declararse por este ó por el otro: ¡he aquí el Cristo, que está en mi casa! Que no sea la religión arrojada como pasto á los perros y como las perlas á los puercos.» No solamente monjes como Absalón, abad de Saint-Víctor, se niegan á que se aplique á los dogmas la dialéctica, sino que se cierran á toda curiosidad de cosas profanas: «Nuestros escolares, hinchados de una vana filosofía, se creen dichosos cuando á fuerza de sutilezas llegan á alguna conclusión nueva; ¿no quieren conocer la formación del globo, la virtud de los elementos, el comienzo y fin de las estaciones, el sitio que corresponde á las estrellas, la naturaleza de los animales, la violencia de los vientos, las malezas y las raíces? He aquí el término de sus estudios: en esto pretenden encontrar la razón de las cosas. Pero miran como pitarrosos, si no como ciegos, la causa suprema, fin y principio de todas las cosas. Ved lo que sois, lo que debéis ser y lo que seréis. ¿De qué sirve disputar sobre las ideas de Platón, leer y releer el sueño de Escipión? ¿De qué aprovechan tantos razonamientos abstrusos ahora en boga y tan gran furor de sutilezas donde muchos han hallado su pérdida?»

De estos temores y reprobaciones resulta que las propias ciencias divinas se veían amenazadas. Un número creciente de escolares y clérigos desertaban de la teología, sea por prudencia, sea por cansancio, sea por interés, por estudiar el derecho civil, el derecho canónico ó la medicina. Los clérigos graduados en derecho civil podían hacerse jueces ó administradores en el tribunal de los señores laicos. El conocimiento del derecho canónico les hacía aptos á las mismas funciones para con los señores eclesiásticos, aptos igualmente á los beneficios, á las oficialidades y á las más altas dignidades

eclesiásticas. Por otra parte, la medicina se hacía oficio capaz de nutrir á su dueño. ¿Era, por consiguiente, conveniente dejar en peligro á la teología, ciencia por excelencia y objetivo final de la instrucción? El papa Alejandro III prohibió á los monjes y luego á todos los clérigos el estudio del derecho civil. El concilio de Letran, en 1179, prohibió á los eclesiásticos las funciones de abogados, de jueces y de administración en los tribunales laicos. Los predicadores (entre otros el canciller de París, Prévôtin) tronaban en cátedra contra los clérigos jóvenes que abandonaban la Santa Escritura. Pero las costumbres y los intereses triunfaron de los reglamentos.

Entonces el papa se decidió á restringir su prohibición para hacerla más eficaz. En 1219, por su bula *Super speculam*, Honorio III prohibió toda enseñanza del derecho civil en París y en la comarca vecina, so pena de excomunió. El Papado no tenía intención, como se ha pretendido, de detener el movimiento científico, de substituir el derecho canónico al derecho romano y de destruir la ley civil. Lo que únicamente quiso fué proteger en París la enseñanza religiosa, dándole el monopolio de la misma, por decirlo así, y haciendo de París la escuela teológica de la Cristiandad.

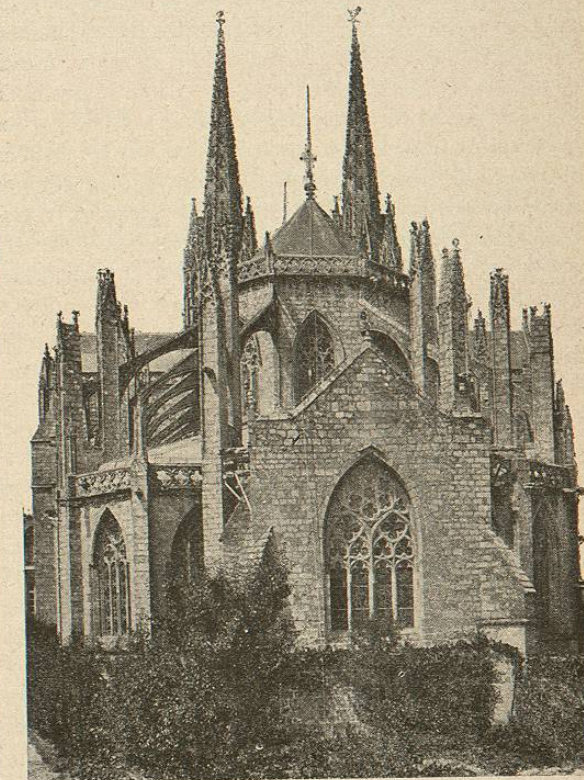
Los clérigos tenían otros medios de escapar á la teología. Dedicábanse al cultivo de la literatura latina y se apasionaban por los poetas clásicos, buenos ó malos, morales ó inmorales. Invocaban como autoridades, y versificaban, imitándoles, canciones, cuentos, comedias, con entusiasmo que aprovechó á los humanistas del Renacimiento. Estos futuros canónigos, archidiaconos, abades y obispos componían, sin malicia, elegías eróticas, versos grotescos ó piezas dramáticas crudamente indecentes, como *Alda*, del benedictino Guillermo de Blois, cuyo final no puede traducirse. Llegada su edad madura, expiaban estos pecados de juventud por medio de composiciones edificantes. El estudio de la antigüedad, para multitud de clérigos y preladados, venía á convertirse en una especie de idolatría sensual del paganismo.

El archidiacono Pedro de Blois, muerto en 1200, encarna bastante bien el tipo de estos letrados de la nueva escuela. Principalmente se le conoce por su *Correspondencia*, precioso documento para la historia política y literaria de su tiempo. Intrigante, pediguño de prebendas y de oficios, adulador de los grandes, de los reyes y los obispos, recomienda á los escritores procurarse siempre la protección de algún personaje. «Los príncipes que aspiran á la gloria, escribe á uno de sus sobrinos, nada pueden hacer mejor que mantener hombres capaces de transmitir su fama á la posteridad. Ignoro si habéis escogido á cualquiera de nuestros príncipes por sujeto de vuestros elogios. Por mi parte, en mi libro *De prestigiis fortunae*, que os envío, exalto las acciones de Enrique II.»

Enrique II, reconocido, le empleó como consejero y como embajador. Por recomendación de Enrique llega Pedro de Blois á ser preceptor del joven rey de Sicilia, Guillermo el Bueno, primero, y después canciller del reino normando. Se le ofrecieron obispados en Italia y el arzobispado de Nápoles; pero se negó, porque únicamente en Francia é Inglaterra podía lograrse una gloria lucrativa. Por último, debió contentarse con una pla-

za de secretario en el arzobispado de Cantorbery y de archidiacono en Bath y luego en Londres. Según él, odiosas cábalas le impidieron subir más alto.

Consolábase pensando en su renombre literario. «Nuestro nombre, escribe á su sobrino, literato como él, ha llegado á los últimos confines de la tierra. Nuestras obras han penetrado en todas partes. Ni el agua, ni el fuego, ni la adversidad, ni el tiempo, podrán destruirlo.» En el prefacio de sus cartas, cuya colección publicó á ruegos del rey de Inglaterra, se acusa, por pura fórmula, de haber citado con frecuencia la anti-



Abside de la catedral de Quimper

güedad profana. Pero en el fondo está orgulloso de poder manifestar su ciencia y su talento. El obispo de Bath le reprocha el haberse presentado como modelo epistolar. Pedro de Blois responde: «Mi adversario encuentra mal que entregue al público un testimonio de mi trabajo: cálese ó tendrá que escucharme cosas que no le gustarán; tomo por testigos á muchos de mis amigos: tengo costumbre de dictar mis cartas con mayor rapidez de la que se emplea en escribirlas; esto aparta toda sospecha de plagio. El arzobispo de Cantorbery y vos me habéis visto dictar á tres secretarios diferentes sobre distintas materias, y con tanta rapidez como empleaban en correr sus plumas. Más todavía: he dictado y redactado al mismo tiempo una cuarta epístola; únicamente Julio César hizo otro tanto. Que me pongan á prueba, si alguien duda.»

Pedro de Blois lo había abrazado, ya que no exprimiendo todo. En París había estudiado la retórica, la filosofía, las matemáticas y la medicina. Para estudiar Derecho fué á vivir dos años á Bolonia. Ante los estudiantes entusiastas del derecho romano puso el juicio final en fórmulas de proceso. Vuelto á París, siguió curso de teología y fué discípulo de Juan de Salisbury, condis-